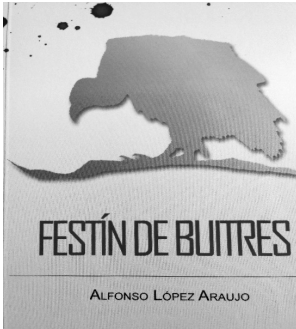


Festín de Buitres

Alfonso López



Una grave decisión

Tomó un buen rato hasta que el muchacho del “valet parking” se hiciera cargo de su vehículo; y lo hizo justo a tiempo. El cielo brumoso que reinaba sobre el norte de Quito dejó de amenazar con lluvia para hacerla realidad. Una fuerte tormenta se desató en menos de lo que canta un gallo e hizo correr a los viandantes en busca de refugio. A pesar de que la puerta de acceso quedaba a pocos pasos de donde entregó su auto BMW, eso no impidió que ingresara al hotel con su fino traje azul bastante mojado.

El lobby, como de costumbre, estaba lleno de gente. Subió por las gradas al entrepiso y se dirigió directamente al bar, en donde inmediatamente localizó a su amigo, que se hallaba sentado, frente a una mesa del extremo, próximo a una ventana, con la mirada perdida en el horizonte y saboreando lentamente una cerveza negra. La mesa estaba convenientemente aislada aunque, por la hora, eran las cuatro de la tarde, apenas habían dos mesas más ocupadas: una, al otro extremo, con una joven pareja que conversaba quedamente tomados de la mano y mirándose a los ojos; la otra, un poco más cerca de la puerta que daba al restaurante de la planta baja, la ocupaba un hombre de apariencia europea o norteamericana, que tecleaba sin respiro en una *laptop* al tiempo de saborear una taza de café.

Tomó asiento, sin decir palabra. Su amigo, con sorna, le dijo:
–“Buenas tardes las tengas tú también”.

El mozo se acercó a preguntarle que deseaba tomar, y él, sin pensarlo dos veces, pidió un vodka doble con hielo. No cruzaron palabra hasta que la bebida fue servida y el mozo se alejó.

—¡No me gusta! Te lo dije ayer y te lo repito ahora. No me gusta en lo más mínimo —dijo en voz baja, en un tono de voz que denotaba, al mismo tiempo, nerviosismo y duda; —¿qué tal si algo falla y lo descubren? Terminamos jodidos, compadre. ¡Lo que se dice, jodidos!

—Yo te aseguro que sé cómo hacerlo sin que surjan dificultades después, hermano. Conozco a la gente apropiada; sé cuál es el precio a pagar para que todo quede en el más absoluto secreto ¡Pero este peligro hay que eliminarlo, ahora mismo! Caso contrario, todo se va a un carajo y olvídate de tus proyectos; de *nuestros* proyectos. Y no solamente eso; ¡deja que corra un poco tu imaginación! —contestó, también en voz baja y despacio su amigo, cuya complejión física era la de un hombre rechoncho, que hacía contraste con la de su interlocutor, que era más bien bastante alto y delgado.

—No creas que soy tan estúpido como para no darme cuenta de la situación. Sé en lo que estamos metidos. Sólo que... nunca pensé que en algún momento podríamos llegar a estos extremos.

—Lo sé, amigo mío, lo sé, pero tienes que darte cuenta de que cada hora que pasa, ¡cada minuto que pasa!, aumenta el riesgo de que todo lo que hemos construido, todo lo que *tú* y *yo* hemos construido, explote y se vaya al carajo, con nosotros incluidos —respondió el hombre rechoncho, acentuando lo repetitivo de sus afirmaciones, pero con un tono suave y persuasivo.

Un silencio largo y pesado se produjo. Parecía como si el ruido habitual que procedía del lobby, así como la música del propio bar en el que estaban los dos consumiendo sus bebidas, se hubiera apagado, en homenaje a la gravedad de la decisión que juntos iban pronto a adoptar.

—¿Me aseguras que sabrás cómo hacerlo sin que nosotros paguemos las consecuencias?

—Tranquilo hermano. Sé cómo hacerlo y tú y yo quedaremos tan limpios como bebés a los que se les acaba de dar un baño.

—Si es así, entonces,... adelante y...que Dios nos perdone. Dicho esto, el hombre alto apuró su vaso de vodka y se levantó de la mesa. —Tú pagas, le dijo a su compañero, con un tono un tanto ríspido.

—Así es. Anda tranquilo.

Luego de un largo rato de tomar lentamente su cerveza y apagar la pequeña grabadora digital que llevaba siempre en el bolsillo de pecho de su chaqueta, el hombre rechoncho pidió la cuenta, pagó y se marchó.

Siempre supo que la decisión que acababan de tomar era en extremo seria y que podría traer consecuencias de ser mal ejecutada. Habría entonces que evitar cualquier error. Si quieres con todas tus fuerzas tener algo que has ambicionado toda tu vida, puedes verte obligado a hacer cosas que nunca pensaste que serías capaz de hacerlas, filosofó, mientras suspiraba profundamente. Efectivamente, los dos fueron totalmente conscientes de la decisión que adoptaron tres meses antes, cuando tras reunirse en Mazatlán,

en el estado de Sinaloa, en México, con un tal Gumersindo Fernández -vaya uno a saber si ese era su verdadero nombre-, representante del famoso José Concepción Hernández, líder del cártel de Los caballeros de la mesa redonda, aceptaron blanquear dinero del Cártel en caso de acceder al poder en el Ecuador, así como se sentían seguros de hacerlo, a cambio de una generosa paga (la cual estaba causando problemas) y de utilidades futuras. Esa decisión consciente les había llevado a esta otra decisión consciente. ¡No podrían ante un juez alegar atenuantes! Por ello, el peligro tendría que desaparecer, rápida y limpiamente, sin dejar posible rastro que los vinculara. Vamos, ya se encargarían de hacer algo positivo por el país y de esa forma tranquilizar la conciencia. Al fin y al cabo, se dijo, hay que ser honestos con nosotros mismos. ¿Para qué carajo sirve el poder político si no podemos beneficiarnos en algo? Recordó, con una sonrisa, aquella famosa frase de un connotado, ya fallecido, político mexicano: “Un político pobre es un pobre político”. Y él, por supuesto, no sería un pobre político.

Tres meses antes, llegaron los dos a Mazatlán, se podría decir que de incógnitos, puesto que luego de arribar a la ciudad de México, pasada la media noche, y de registrarse en un hotel cinco estrellas, de los varios que hay en Paseo de la Reforma, en el que pudieron descansar apenas unas cuatro horas, el “amigo” que los recibió en el aeropuerto les hizo subir a una flamante camioneta Mercedes Benz y, luego de larguísimas horas de carretera, llegaron a esa hermosa y tranquila ciudad del estado de Sinaloa a la que bañan dos ríos, a más del océano Pacífico, tierra del legendario Pedro Infante. ¿Por qué los llevaron por tierra en vez de hacerlo por aire? no lo sabían. Tal vez para que sus nombres no consten en ningún registro de pasajeros. Llegaron de noche a la ciudad y sin que medie descanso alguno fueron llevados directamente a un reservado de un restaurante muy lujoso, cuyo nombre no memorizaron -mientras menos recuerdos haya, mejor-, pensaron los dos. Luego de la reunión-cena, que duró apenas unos treinta minutos, y en la que se ultimaron los detalles de su cooperación, fueron llevados a un hotel, al que ingresaron por la parte de atrás y se les asignó, directamente, sin pasar por la recepción, una suite grande de dos habitaciones con vista al mar. El mini bar estaba muy surtido y se les indicó que hicieran uso libre de él, indicación que siguieron al pie de la letra cuando se dieron cuenta de que era inútil tratar de conciliar el sueño. Sin que mediara diálogo alguno, se dieron cuenta de que sus destinos estaban ahora unidos y de que la suerte del uno dependería, inexorablemente, de la suerte del otro. A primeras horas de la tarde fueron embarcados en un avión comercial rumbo al Distrito Federal, en donde conectarían con su vuelo de retorno a Quito.

...

Este es el Capítulo 1 de la novela. A manera de breve resumen, un joven ejecutivo bancario que maneja cuentas de gente muy importante en la sociedad local, aparece muerto en su departamento, sin que ninguna pista pueda llevar a descubrir quién lo hizo o por qué. A primera vista, parece ser un crimen pasional. Una hora más tarde, un famoso sicario colombiano, conocido por cuidar al máximo de su persona y de los detalles de su “trabajo”, es atropellado por un carro fantasma y su autopsia revela que, extrañamente y no acorde con su personalidad ni “modus operandi”, estaba drogado al momento de su muerte. Luego de algunas averiguaciones, la conclusión a la que llega la Policía es inmediata: este joven sicario, de sobrenombre “Mortiño” fue al autor del crimen. Lo que no se sabe es ¿por qué?

La amistad de Gabriel Tomás Sánchez con el Mayor de Policía Ramiro Recabarren, Jefe de la Unidad de Lucha Contra el Crimen Organizado, lo lleva a involucrarse en este caso.

Gabriel y su joven pupilo Carlos Maldonado empiezan a participar activamente en la campaña política de Alejandro Capdevila, en quien encuentran al político honesto y con ideas, capaz de lograr el progreso y el bienestar del pueblo.

Al adentrarse en la solución del crimen, empiezan a descubrir una trama de corrupción que podría impedir el ascenso al Poder de ese candidato. Por ello, la tarea que se imponen es darle una oportunidad

al país de salir adelante. ¿Será que lo logran?

El lector se encontrará con una novela que mezcla romance, investigación policial, corrupción política, narcotráfico. Elementos presentes en nuestras sociedades del Siglo XXI. Gente con principios, morales y éticos, frente a malandrines que ponen al poder (político – económico) por sobre cualquier otra consideración, inclusive por sobre el valor de la vida humana.